



ARAQUISTAIN Y ORTEGA

Razones de una vindicación póstuma

Juan Francisco FUENTES

La figura del escritor, político y periodista santanderino Luis Araquistáin (1886-1959) es todavía poco conocida. Su larga trayectoria política e intelectual quedó marcada por su prolongada militancia socialista y por su polémica actuación durante la II República como principal ideólogo del sector caballerista del PSOE. Hombre de espíritu inquieto y curioso, corrió por medio mundo, como corresponsal y diplomático, antes de que el exilio le obligara a vivir en el extranjero sus últimos años. Todo ello ha oscurecido la dimensión estrictamente intelectual de un escritor de obra, por lo demás, muy dispersa y desigual, pero en modo alguno despreciable. Sus relatos juveniles le colocan, según Mainer, en el grupo de los escritores «naturalistas erótico-galantes» del primer cuarto de siglo (1), y sus escarceos poéticos en el semanario «sicalíptico» *Vida galante* serían recordados con sorna, años después, por don Indalecio Prieto (2), con el cual Araquistáin mantuvo relaciones no muy cordiales.

Durante la I Guerra Mundial destacó como cronista de guerra, y en plena contienda pasó a dirigir la revista *España*, fundada poco antes por don José Ortega y Gasset. Su compromiso con esta importante publicación define por sí mismo la especificidad intelectual de Araquistáin en el panorama del socialismo español, pues más allá de su etapa radical durante la República, fue, por encima de todo, como dice Santos Juliá, «un liberal que va hacia el socialismo como tantos otros intelectuales de la época: porque la pequeña burguesía española nunca ha sido capaz de crear verdaderos partidos políticos» (3).

Como ha señalado Mainer, Araquistáin no se ha beneficiado hasta ahora del interés que han despertado otras personalidades del socialismo hispano (4). Existe una importante monografía sobre su papel político durante la II República, en la etapa en que figura al frente de la revista *Leviatán* (5), pero su actividad intelectual anterior y posterior a ese periodo sigue esperando un estudio en profundidad, que recomponga las múltiples facetas intelectuales, ideológicas y vivenciales del personaje. La tarea no parece fácil, aunque resulta más viable desde la entrega al Archivo Histórico Nacional (AHN) del rico archivo personal del escritor socialista (6).

Entre los papeles de Araquistáin conservados en el AHN se encuentra una amplia colección de colaboraciones periodísticas, de las que se guardan, en muchos casos, el original y el recorte del texto impreso. Son artículos por lo general bastante extensos, la mayoría aparecidos en los años 40 y 50 en publicaciones extranjeras, tanto europeas como americanas. Sus principales temas son la Guerra Mundial, en su dimensión política y militar, la creación de un nuevo marco internacional a partir de 1945, la crítica del comunismo, las relaciones Este-Oeste, la España de Franco y la historia de las ideas españolas, tema que le apasionó siempre y al que acabó dedicando un libro, que se publicó póstumo (7).

En estos ensayos breves, que es lo que propiamente son estos artículos, destaca sobre todo ese gran observador de la realidad que fue don Luis Araquistáin. Periodista ameno y profundo, supo combinar magistralmente el análisis distante y la pequeña anécdota personal —«Una cena con Hitler», «La carcajada de don Juan de Borbón»—, captar la gran perspectiva histórica —«1812-1941», «*Germany and Spain: a Historical Parallel*»— y pulsar en los acontecimientos más inmediatos aquello que Eugenio D'Ors llamaba «las palpitaciones del tiempo». En gran parte, sus vaticinios sobre la unidad europea, el futuro del socialismo y las relaciones entre los dos grandes bloques se han ido cumpliendo en estos últimos años, en algún caso con pasmosa exactitud. Es innegable, sin embargo, que en algunos de sus juicios el escritor socialista se dejaba llevar por una especie de visión anticipada de la realización de sus deseos, que en ciertas ocasiones se vieron efectivamente cumplidos. Es decir, como en su etapa «bolchevique» de *Leviatán*, pero

al revés, pues entonces su voluntarismo revolucionario acabó estrellándose en una realidad más adversa y más terca de lo que creía.

Por ello, además de observación y análisis, en sus artículos de la posguerra hay también mucho de catarsis personal y de amarga claudicación. La utopía republicana había fracasado estrepitosamente, en parte por errores propios —esto es, de la República y en alguna medida de Araquistáin—. Se entiende que el tema le obsesione. En un artículo publicado en el exilio el ex-diputado socialista se interroga sobre las razones del fracaso republicano, que él imputa a un reformismo demasiado ambicioso para la situación del país (8). Un reformismo que él había criticado como insuficiente en vísperas de la Guerra Civil, cuya inminencia negó una y otra vez en los meses anteriores a su estallido. Como negó el peligro nazi en 1933 desde esa atalaya privilegiada que era la Embajada española en Berlín.

Ese desenfoque permanente en que se instala durante su etapa de *Leviatán* contrasta con su clarividencia de la posguerra. Ciertamente que entre ambos periodos se produce, además de la derrota republicana, la crisis de gobierno de mayo de 1937, saldada con la caída de Largo Caballero y el fortalecimiento de los comunistas, artífices de la crisis. Como consecuencia de ello, Araquistáin tiene que abandonar la Embajada española en París, adonde había sido destinado por Largo. Este grave contencioso no es ajeno, desde luego, al permanente ajuste de cuentas con los comunistas que Araquistáin lleva a cabo en los últimos años de su vida. De ahí el feroz anticomunismo que, venga o no a cuento, rezuman sus artículos del exilio. De ahí, en definitiva, la vuelta de Araquistáin a sus orígenes políticos e intelectuales: un socialismo *sui generis*, entendido como evolución suprema del liberalismo democrático; un materialismo filosófico que coexiste con un método histórico de fondo idealista, una fuerte dosis de regeneracionismo y ciertas obsesiones sobre el destino histórico de España que le llevaron en ocasiones a practicar lo que Santos Juliá califica de «psicologismo de andar por casa» (9). Tales son los principales ingredientes que nutren su identidad como pensador, según se manifiesta, por ejemplo, en su producción periodística de los años 40 y 50.

A esta serie de ensayos sobre política y cultura contemporánea pertenece el artículo titulado «*José Ortega y Gasset. En defensa de un muerto profanado*», escrito por Araquistáin a raíz de la muerte del que fue uno de sus grandes maestros. Dado que el artículo se reproduce íntegro a continuación, el lector juzgará por sí mismo el interés de este poco conocido texto del escritor socialista.

No estará de más, sin embargo, que se llame la atención sobre algunas circunstancias que justifican, a mi entender, su reedición al cabo de 30 años. Entre los papeles del autor que figuran en el AHN se conserva un texto mecanografiado de este artículo, en el que faltan algunos

pasajes de la versión impresa, y un recorte del ensayo tal como apareció publicado. No incluye ni la fecha ni el título de la publicación, que parece un periódico, aunque consta que la revista *Sur*, de Buenos Aires, lo recogió en su número 241 correspondiente a los meses de julio-agosto de 1956. No es imposible que apareciera también en alguna otra publicación. Lo cierto es que muchas de las ideas expuestas en este trabajo se encuentran ya en el capítulo que el autor dedicó a Ortega en su libro *Historia del pensamiento español*, escrito antes de la muerte del filósofo —y anterior, por tanto, a este artículo necrológico—, aunque no viera la luz hasta 1962, tres años después de la muerte de Araquistáin, acaecida en Ginebra en agosto de 1959. Son dos textos escritos seguramente en fechas muy próximas, pero como digo el artículo es algo posterior y está redactado bajo la emoción de la muerte del maestro y la necesidad de rescatar su memoria de aquéllos que, según él, han profanado su cuerpo y su obra.

Esta tarea reivindicativa, que el autor se impone con gran gallardía y que desempeña con brillantez, nos sitúa como lectores del artículo principalmente ante tres cuestiones: las relaciones personales entre Araquistáin y el filósofo madrileño, el juicio que al autor le merecen el pensamiento y la escritura de Ortega y la propia evolución intelectual del pensador socialista, obligado en este artículo, como en casi todos, a repasar sucesos muy dolorosos para él, en una especie de careo consigo mismo sobre su actuación pasada. Respecto a las relaciones entre ambos, de las que Araquistáin da aquí noticias de interés, es preciso recordar la aventura de la revista *España*, impulsada por Ortega y Gasset y secundada por Araquistáin, y el distanciamiento producido en los años finales de la II República, cuando uno y otro abandonan, en direcciones opuestas, la nave zozobranante del reformismo republicano. A ese enfrentamiento de las relaciones contribuye también la dura crítica del socialista a la producción orteguiana de aquellos años, origen del resentimiento que el fundador de *Revista de Occidente* guardó desde entonces hacia él. Iniciada la contienda, Ortega llega a comentar en privado, a punto ya de abandonar España, que Araquistáin era «un hombre nefasto y a quien había que enviar a las quimbambas» (11). Este le correspondería años después calificando *La rebelión de las masas* de «eyacuación panfletaria» de su autor (12). Pero el paso de los años y las muchas calamidades padecidas habían ido atemperando los sentimientos de uno y otro. La sentida necrología de Ortega que aquí se publica permitía al implacable polemista santanderino alcanzar unas «pases póstumas» con su adversario; era, según escribió a Llopis, como un fruto amargo de su tristeza y de su impotencia como emigrado (13).

Por los demás, hay a lo largo del artículo algunas inexactitudes que he procurado advertir a pie de página, y que son debidas a lapsos de memoria o bien a una deformación más o menos interesada de ciertos episodios históricos. Y hay también un énfasis, seguramente excesivo, en la dimensión materialista del pensamiento de Ortega, artificio al

que el autor recurre para aproximar al maestro a su propia esfera intelectual y resaltar además la monstruosidad cometida con él al enterrar su cuerpo en sagrado. En cambio, resulta muy bella y precisa la definición que da Araquistáin de la dimensión ética que tiene la trayectoria de Ortega y del valor estético de su obra, de la que en otro lugar dice que «seguirá siendo, esencialmente, una obra de arte» (14).

Justa reivindicación póstuma del pensador madrileño, este artículo ilumina el periodo más oscuro de la vida y de la obra de don Luis Araquistáin, del que muy bien podría decirse, como dice él de Ortega, que fue en el fondo «un liberal muy siglo XIX» (15).

(1) José-Carlos Mainer: *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983 (3ª ed.), p. 74.

(2) Cit. por Marta Bizcarrondo: *Araquistáin y la crisis socialista en la II República. Leviatán (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975, pp. 15-16. Hay una antología de *Leviatán* a cargo de Paul Preston, publicada por Turner, Madrid, 1976. Al mismo tema y periodo se dedican los libros del propio Preston: *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Madrid, Turner, 1978, y Santos Juliá: *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

(3) S. Juliá: *op. cit.*, p. 50.

(4) J. -C. Mainer: *op. cit.*, p. 366. Como visión de conjunto sobre la vida y la obra de Araquistáin hay que citar el largo «Estudio preliminar» de Javier Tusell en el libro *Sobre la Guerra Civil y en la emigración*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, pp. 11-128, selección de textos de Araquistáin posteriores a 1938. En 1986, con motivo del centenario de su nacimiento, la revista *Leviatán* publicó un breve artículo de Juan González Bedoya en recuerdo del que fuera su fundador: «Centenario de Luis Araquistáin», *Leviatán*, nº 25, II época, 1986, pp. 137-151.

(5) M. Bizcarrondo: *op. cit.*

(6) Se ha publicado un excelente inventario de este fondo documental: *Papeles de D. Luis Araquistáin y Quevedo en el Archivo Histórico Nacional, ordenados bajo la dirección de Mª Teresa de la Peña Marazuela*. Prólogo de Javier Tusell, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983. Algunos de estos documentos han sido reeditados por J. Tusell en el libro citado.

(7) *El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1962.

(8) «Algunos errores de la República española», incluido en el legajo 41 de los *Papeles de D. Luis Araquistáin*, secc. «Diversos» del AHN.

(9) S. Juliá: *op. cit.*, p. 303.

(10) AHN: *Papeles de Araquistáin*, secc. Diversos, leg. 51. No incluido en la edición de artículos de Araquistáin realizada por Tusell.

(11) Citado por Cipriano Rivas Cherif: *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Grijalbo, Barcelona, 1981, p. 355.

(12) Citado por Tusell, *op. cit.*, p. 112.

(13) *Ibid.*

(14) *El pensamiento español*, *op. cit.*, p. 96.

(15) *Ibid.* p. 94.